

La noche acecha, los ruidos de las alimañas se ciernen sobre su cabeza, rodean la casa y espantan el sueño. Se siente atrapado en el llanto de las lastimeras, en la imagen de padre cargando el cuerpo erguido de la tía María, esbelto como nunca antes lo había visto. El frío inerte le hielos los labios. Ha sido un beso oscuro como la noche, un beso extraño en la piel azulada de un cuerpo sin tiempo ya para la vida.

Se asoma a la ventana, que es como asomarse a las montañas, a las cimas cubiertas por el tardío, que ha llegado sin ser visto. Desde hace días el sol alumbra un poco menos, se aleja inmisericorde de estos riscos, y la noche empieza a mostrar su mortuorio manto, a extenderse sobre los habitantes de una tierra cada día más lenta y solitaria.

Vuelve a ocupar su lugar en el colchón junto a sus hermanos. Trata de encontrar un rincón en el viejo techo donde apaciguar sus miedos, y se alía con las vigas oscuras de la madera vieja y carcomida de su corta vida. Apenas tiene siete

años y este ha sido su primer muerto. Escucha los sonidos de la noche, mezclados esta vez con los rezos que suben de abajo, e interpreta que si estos callan los carroñeros entrarán en la casa, llegarán al cadáver y le vaciarán los ojos dejando huecas sus cuencas como cuevas en las peñas.

La tía María murió de agotamiento, había oído decir; no acababa de entender cómo puede morir alguien de agotamiento sin hacer apenas nada en todo el día; nunca salía de casa, se movía con cuidado, y siempre estaba callada. Quizá más que de agotamiento había muerto de aburrimiento, pensaba él.

Se giró saltando sobre su propio cuerpo y supo que ella ya nunca volvería a yacer de lado, como solía. Se quedó inmóvil, agazapado, escuchando la respiración entrecortada de los otros habitantes de aquella misma cama, y pensó en la muerte. La tía María iría directamente al cielo, no tenía duda, para ella no habría ni siquiera purgatorio. Pero qué sería de aquellos que habían matado, aquellos que durante la guerra habían tenido que pelear y matar para no ser muertos. Qué sería de padre, que había estado en el frente tanto tiempo, todo el que duró. ¿Habría matado él a alguien? Le habían contado que llegó a casa con diez kilos menos, y tan cansado que durante diez días no dejó el colchón más que para usar el perico. Allí le llevaba madre la comida, y hasta el porrón. En ese tiempo no dijo una palabra, ni un suspiro se le oyó, y cuando al décimo día se levantó parecía que no hubiera pasado una guerra por su intestino.

La mañana lo encontró dormido en un sueño profundo, necesario, merecido. Había permanecido media noche en vela, custodiando aquel rezo que espantaba a los carroñeros, guardando que no cesara. Miró por la ventana y vio las cimas cubiertas por unas nubes grises como la ceniza.

Se levantó de prisa. Siguió las escaleras hasta el rellano, donde le vino a la mente la imagen de padre abrazado a la tía María, muerta ya, bajando los peldaños de uno en uno, en un descenso rítmico, ralentizado por el peso de la carne fría y el hecho inexpugnable de que tarde o temprano todos acabaremos así de rígidos y en un abrazo férreo a los cuerpos vivos de los otros. Los pies de padre tropezaban una y otra vez con los de ella, levantando de cuando en vez un tramo de la saya de la muerta, dejando a la luz la desnudez de unas pantorrillas que nunca conocieron otros ojos que los de su dueña y que hoy, sin ama ni custodia, se alzaban en su blanco azul a la vista de todos.

La tía María murió virgen porque nunca hubo hombre que le alzara la falda. Las llamas del deseo las apaciguaba ella en el lavadero a horas tempranas, con el frío de la mañana. Su decencia fue semejante a la de una santa, o sus miedos mayores que los empujes de la juventud más ufana.

En esta misma casa, donde hoy descansa su primer sueño eterno, nació hace tantos años que ni las paredes pueden recordarlo. Entonces era su padre el que fumaba en pipa y ahora lo hacía su hermano Martín, sentado en la cocina, al calor de la lumbre, sintiéndose tan viudo de hermana como años atrás lo fuera de su legítima Salomé, y antes incluso de aquella joven y primera Isabel. Las mujeres que tuvo le habían dejado el

recuerdo del lecho caliente, pero su María le había prestado toda una vida, desde que naciera, nueve años después que él. Nunca se habían separado, siempre habían vivido en esta oscura casa, bajo este techo, sobre este suelo de barro.

Las patatas se cocían como cada mañana en el caldero al lado del fuego. Se sentó en la trébede, templada por las ascuas que ardían bajo el pavimento, y observó sus propios pies descalzos balancearse, calculando la distancia que los separaba aún del suelo.

Un martilleo rítmico le despertó de su ensimismamiento. El abuelo Martín también miró en la dirección de aquel compás fúnebre, lúgubre como pocos. Después se giró hacia el nieto, y sacándose la pipa de la boca le dijo en un susurro quedo:

—Ahí está tu padre, preparando la caja de la muerta. Parece que el tiempo apremia.

—¿Sabe usted cuándo será el entierro, *güelito*?

—Habrá de ser pronto, que estas cosas de muertos gusta hacerlas a la luz del día. Pero no andes pensando tanto en misas y vete a los *chones*, que ya es hora y en esta casa hoy hay mucha labor.

Los golpes se iban haciendo más nítidos e intensos según se acercaba al portal. Allí estaban aquellas tablas lisas y calladas, esperando a cumplir la función para la que habían sido cortadas y peladas. Echó a correr en dirección a los prados, saltó unas piedras que había amontonadas junto a la casa vecina y sintió romperse el caparazón de un caracol bajo la piel dura de su pie derecho. Nada interrumpió su ritmo, que desde el primer paso fue el más rápido que pudo imponer-

se. La espesura de los árboles no había logrado proteger al suelo del rocío de la noche, y la tierra empezaba a sentirse húmeda y resbaladiza, con esa textura reblandecida que ya no perdería hasta las primeras nieves. Había pasos en donde los helechos nunca dejaban de crecer, acariciándole la cara de vez en cuando. Escuchó el sonido lejano de alguna vaca, siguió ascendiendo, jadeante, sudoroso y muy despierto, hasta que se dio de bruces con el cubil de los cerdos. Lo abrió y dejó salir a los animales al claro. La montaña les rodeaba, espesa y fría como la mañana. Miró hacia abajo para reconocer el humo de la chimenea de casa. Se imaginó a sus habitantes, a padre dando los últimos golpes a las tablas, el abuelo Martín todavía fumando, y la tía María muerta en el lecho. Echó un último vistazo a los bichos, que ya estaban desperdigados hozando la tierra, revolviéndose en ella, ajenos completamente a él. Comenzó el descenso contando los pasos que iba dando hasta que llegó a dieciséis. Esa es la edad que tendría cuando se iría a trabajar a los pinos de Vizcaya. Así se lo había dicho su hermano, que a esa edad era cuando uno se iba. Descendió por el sendero, pasó por los mismos arroyos, le acariciaron los mismos helechos, y volvió a sentir la tierra blanda bajo la piel. Poco tiempo después, tras devorar unas patatas humeantes frente a la lumbre, entraba por la puerta de la escuela guiado por la voz dulce de la maestra que hablaba un día más de ríos ajenos y lejanos.

Las horas no pasaron tan deprisa como deseaba, la curiosidad por lo que estuviera sucediendo en casa le tenía en vilo y apenas atendía a razones y lecciones. Cuando sintió aproximarse el mediodía suspiró con alivio, y cuando la

maestra abrió la puerta para animarles a salir una lluvia fina y constante les recibió mojándoles. Corrió sin mirar atrás, sin saber bien qué esperaba encontrar en la habitación donde había dejado aquella mañana a la tía María. Cuando entró, dos ancianas ataviadas como cuervos se daban la palabra la una a la otra en un rosario de rezos del que no se vislumbraba el final.

Madre lo sorprendió en la puerta de la habitación y le señaló a la niña, para que la llevara con él. Suspiró al recordar que su hermana pequeña pesaba más cada día. La alzó apenas unos centímetros por encima de sus pies y la llevó en extrañas volandas hasta el centro de la cocina. Cogió un tarugo de pan y se lo dio para que se entretuviera, mientras él revolvió con hambre estudiantina los garbanzos que hervían en un puchero al fuego.

La hora llegó con el primer repique de campana. Un nuevo alboroto llenó la casa. Sacaron la caja a la calle y, bajo aquella lluvia que ya no les dejaría en días, el cortejo fúnebre se encaminó a la iglesia. Tras la muerte, alzada sobre los hombros de cuatro hombres, caminaban madre con la niña en brazos, padre y los hermanos. El abuelo Martín cerraba el desfile en solitario. Nadie faltó al sepelio, todos los vecinos se acercaron y acompañaron en su último paseo a la tía María, que había sido una santa y que terminó en un agujero en la tierra del cementerio cuando la noche ya se cerraba sobre las peñas y empezaba a ser útil la luz de los cirios que portaban algunas aldeanas.

No hubo más rezos aquel día. Los últimos golpes de badojo les devolvieron a todos al colchón de hoja, a mecer con los sueños el suceso de la jornada. Fue allí donde, acurruca-

do al lado de sus hermanos, supo que siempre había habido muertos, y que antes que la tía María lo fue la abuela Salomé, cuando él contaba apenas un año de vida, y mucho antes su hermana Luisina, que murió de gripe, o más bien por culpa de una guerra que había dejado sin médico al pueblo, al valle, a las montañas enteras.